3143

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

DEL ERROR
Á LA MENTIRA,

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1880.

ADICION AL CATALOGO DE 1.° DE ENERO DE 1880.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde la Galería.
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
3	3	Á gusto de todos—j. o. v.....	1	D. Pedro Gorriz.....	Mitad.
		Al anochecer—s. o. v.	1	Juan Utrilla.....	Todo.
»	4	Amor, parentesco y guerra...	1	Sres. Aza y Estremera..	»
3	1	Buena boda—c. o. v.....	1	D. Juan J. Herranz.....	»
3	2	Cada uno en su casa—p. o. v..	1	Juan J. Herranz.....	»
2	2	Cambio de vía—j. o. v.....	1	Ramon Marsal.....	»
2	3	De infantería de marina–j. o. p	1	J. Sanchez Albarran	»
12	3	De madrugada—s. o v.....	1	Juan Utrilla.....	»
		De soldado á Brigadier.....	1	José María Anguita..	»
2	2	De tiros largos—j. a. p.....	1	Sres. R. Carrion y Aza..	»
2	4	¿Dónde está la levita?–j. o. p..	1	Shez. Castilla y G. de Cádiz.....	»
3	2	Dónde está mi hija—j. o. v...	1	D. José Olier.....	»
6	2	¡Ecce homo!—p. o. p	1	Manuel Matoses.....	»
2	3	El marido de la viuda–c. a. p.	1	Salvador Lastra.....	»
3	3	El nido de amores—j. o. p. .	1	Roque F. Izaguirre..	»
3	2	El primer indicio..	1	Ramon de Marsal...	»
5	1	El Señor de Taravilla—j. a. p.	1	Camilo Sevielo.....	»
7	2	El toro de gracia—s. o. v....	1	Eduardo Palacio....	»
		En el portal de mi casa.....	1	Juan Maestre.....	»
3	3	En la boca del lobo—j. o. p..	1	Ramon Marsal.....	»
3	2	Entre dos fuegos—j. o. p.....	1	Eusebio Sierra.....	»
1	2	Ganar tiempo—j. o. v.....	1	José Estremera.....	»
8	3	I dilletanti.....	1	Javier de Burgos....	»
7	2	Industria moderna.....	1	Antonio Zamora ...	»
		La cuarta plana.....	1	R. Romera.....	»
3	1	La de San Quintin—j. o. p....	1	José Estremera.....	»
2	2	La señora de P.***—c. o. v...	1	A. Alcon.....	Mitad.
3	4	Las cursis burladas—s o. v .	1	Javier de Burgos....	Todo.
		Los Todos santos—s. o. v....	1	Jaxier de Burgos....	»
3	2	Meterse á redentor—j. a. p...	1	Salvador Lastra.....	»
3	2	Mr. Antoine—j. o. p.....	1	Mariano Barranco.,..	»
»	»	No era su mujer.....	1	Mariano Barranco...	»
4	2	Panacea sin igual—j. o. v....	1	J. Manuel Ascandoni.	»
3	2	Por atrevido—j. o. v.....	1	Gerardo Peña.....	»
		Que se lo cuento á mi tio....	1	E. Segovia Rocaberti.	»
5	3	Quién seré yo—j. o. p.....	1	E. Shez. Castilla....	»
5	1	Salir de Málaga—j. o. v.....	1	Gaspar Marqués....	Mitad.
3	3	Seguir la pista.....	1	J. Escudero.....	»
4	2	Seguros contra incendios....	1	Gaspar Marqués	»
3	1	Siempre amigo—j. o. p.....	1	A. Alcon.....	»
4	2	Sin atadero—j. o. p	1	E. Sanchez Castilla..	Todo.
2	2	Un modelo de suegras–j. o. v.	1	José Olier.....	»
3	2	Voz de alerta—c. o. v.....	1	Mariano Barranco...	»
3	1	Zapatero á tus zapatos–p. o. v.	1	Ramon Marsal.....	»
3	3	El mejor partido—c. o. v....	2	A. Alcon.....	Mitad.
4	6	Los cursis—c. o. v.....	2	uan J. Herranz.....	Todo.
5	4	Plaga doméstica—c. a. p.....	2	D. Salvador Lastra....	»
		¡Adios, Madrid!.....	3	Sres. R. Carrion y Aza.	»

DEL ERROR Á LA MENTIRA.

X57107

DEL ERROR Á LA MENTIRA,

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA.

Estrenado en el Teatro de VARIEDADES la noche del 29 de Noviembre de 1880.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
JULIA	Sra. Espejo.
FELIPA	Sra. Rodriguez (A.).
DON PEDRO HUERTAS	Sres. Lujan.
DON PEDRO CAMPOS	Mariscal.
EDUARDO	Ruesga.
MANUEL	Lastrà.
ROMAN	Sanchez.
UN INSPECTOR	Manzanares.

Guardias de la ronda secreta.

Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Aministracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.

Te dedico esta obra porque fuiste mi cómplice y eres siempre mi amigo.

EUSEBIO SIERRA.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un gabinete amueblado con lujo. Puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

JULIA y FELIPA.

Julia aparece en escena sentada en una butaca y abatida en extremo. Felipa entra, al alzarse el telon, por una de las puertas laterales.

JULIA. ¿Ha ido ya Roman á la estacion?

FELIPA. En este momento sale de casa.

JULIA. ¿Y no será tarde ya?

FELIPA. No señora; ántes bien es temprano, porque hasta las seis no llega el tren de Zaragoza.

JULIA. Más vale así: no quiero que el padre de mi marido se encuentre,—al saltar del vagon,—con que no sale nadie á recibirle: bastantes disgustos le esperan en Madrid para que le añadamos ese.

FELIPA. Ciertamente: y en verdad que poco se figurará el buen señor que le aguarda tan triste recibimiento!

JULIA. Qué se ha de figurar, ignorándolo, como lo ignora, todo!

FELIPA. Todo?

JULIA. Sí, todo, todo; pues ni sabe que su hijo se ha casado, ni puede saber que desde anoche anda huyendo de la persecucion de la policía.

FELIPA. Y eso, eso es lo que más le apenará.

JULIA. Qué sé yo!

FELIPA. Lo duda usted?

JULIA. Sí; porque segun Eduardo,—que debe conocerle bien, —su padre es un hombre irascible que se ha de poner fuera de sí al saber que su hijo se ha casado.

FELIPA. ¿Y por qué?

JULIA. Porque, por lo visto, nuestra boda trastorna planes que desde antiguo acariciaba don Pedro.

FELIPA. Ah! vamos!...

JULIA. Por eso Eduardo no quiso comunicarle su proyecto hasta despues de realizado.

FELIPA. Y no le había escrito aún?

JULIA. Sí; le escribió antes de ayer; de modo que la carta y don Pedro se han cruzado en el camino.

FELIPA. Hasta eso! Le digo á usted que de ayer á hoy todas son desgracias en esta casa!

JULIA. Y á cual más terribles, Felipa.

FELIPA. Sin embargo, señorita, no nos debemos amilanar, que con el temor no se consigue nada.

JULIA. Y qué hacer?

FELIPA. Supuesto que el señorito está seguro en casa de su primo de usted, y una vez que esta noche piensa hacerla á usted una visita...

JULIA. Sí; pero con cuánto riesgo!

FELIPA. Qué! Ya tomará él sus precauciones... Ahora no pensemos más que en recibir á don Pedro.

JULIA. La idea sólo de que va á llegar me da temor!

FELIPA. Pues no se apure usted, que yo tengo el ánimo que á usted le falta.

JULIA. Tú?

FELIPA. Sí, yo, que le recibiré si usted quiere, y que diciéndole que su hijo, como médico que es, está en una con-

sulta, le entretendré hasta que el señorito Eduardo llegue y él mismo le ponga al corriente de lo que pasa.

JULIA. Ay! Si lo hicieras de ese modo yo te lo agradecería toda la vida!

FELIPA. Lo haré como lo digo: pierda usted cuidado.

ESCENA II.

DICHAS y ROMAN.

ROMAN. Ahí está!

JULIA. Quién?

ROMAN. El señor don Pedro.

FELIPA. Ya?

JULIA. Tan pronto?

ROMAN. Sí señora, como que le encontré en esta misma calle.

JULIA. ¿Y cómo le conociste si en tu vida le has visto?

ROMAN. Pues comprendí que era él porque le ví seguido de dos mozos con equipaje y mirando atentamente la numeracion de las casas...

JULIA. Ah, vamos!...

ROMAN. Entónces acercándome le pregunté: «¿Es usted el señor don Pedro?»—El mismo,—contestó.—Pues ahora iba yo á buscarle á usted,—añadí.—¿De parte del chico?—replicó—pues echa á andar, que tengo ansias de abrazarle!...» y nos vinimos.

JULIA. (¡Dios mio! Llegó el momento terrible!)

FELIPA. Bien: ¿y dónde está ese caballero?

ROMAN. Mientras he subido á anunciarle se quedó abajo, en la portería, pagando á los mozos que le han traido los baules.

JULIA. (Ap. las dos.) (Ay Felipa, me siento desfallecer!)

FELIPA. (Ánimo y retírese usted, que aquí quedo yo.)

ROMAN. Ahí está ya!

JULIA. Adios, adios! (Mutis primera izquierda.)

FELIPA. Tú sube el equipaje (Á Roman.) de ese señor, y déjalo en aquel cuarto. (Segundo derecha.)

ROMAN. Ahora mismo. (Al salir Roman se da un fuerte tropezon con D. Pedro Huertas, que entra en aquel instante.)

ESCENA III.

FELIPA y D. PEDRO HUERTAS.

HUER. Hombre! ¿no lleva usted ojos? (Á Roman.) Pues de poco me aplasta la nariz!

FELIPA. Es lo más torpe!...

HUER. Ah! usted dispense!

EELIPA. No hay de qué.

HUER. (Caracoles!... qué casa más elegante, y qué posadera más guapa!)

FELIPA. Tome usted asiento.

HUER. Gracias. (Se sienta. Ella permanece de pie.) Pero siéntese usted tambien.

FELIPA. Yo no debo...

HUER. Cómo que no? Ó se sienta usted ó me levanto yo! Pues no faltaba más!

FELIPA. Bien, bien, me sentaré! (Pues parece muy amable.)

HUER. (Y es muy guapa.) Usted ya me conocerá á mí: ya sabrá usted que yo soy...

FELIPA. Sí, sí; ya sé quién es usted... Le estábamos esperando...

HUER. Le estábamos!... Hola! Es que tambien usted me esperaba?

FELIPA. Naturalmente.

HUER. No creí que sería tan dichoso... Pero dígame usted, ¿dónde está ese pícaro que no viene á abrazarme?

FELIPA. Pues no está en casa; ha tenido que ir á ver á un enfermo.

HUER. Bueno, bueno; lo primero es la obligacion.

FELIPA. Le han llamado con mucha urgencia de casa del duque de Villavieja.

HUER. Hola! ¿De casa de un duque?

FELIPA. Sí señor: tiene muy buena clientela... todos títulos.

HUER. Vamos, visita caballos de buena casa!

FELIPA. Qué bromista! (Pues no parece de tan mal genio)

HUER. Y ahora,—dígame usted, mientras viene el chico,—¿qué tal conducta observa?

FELIPA. Inmejorable.

HUER. Sí, ¿eh? ¿Y hace mucho tiempo que le tiene usted de huéspede?

FELIPA. Cómo, caballero? Esta no es casa de huéspedes.

HUER. Dispense usted, señora: nosotros los de pueblo llamamos á las cosas por sus nombres; pero por lo demas ya he leido en los anuncios de *La Correspondencia*, que en Madrid las casas de huéspedes no son casas de huéspedes.

FELIPA. ¿Qué dice usted?

HUER. La verdad. Ahora se dice: «Se alquilan habitaciones con asistencia ó sin ella No es casa de huéspedes:»—como se podría decir: «Se hacen botas. Se ponen medias suelas y tacones. No es zapatería.»

FELIPA. Gasta usted muy buen humor!

HUER. Siempre.—Figúrese usted que en el pueblo me llaman *Castañuelas*!... Pero volviendo al asunto: si esta no es casa de huéspedes, ¿cómo vive en ella?

FELIPA. Toma! Vive en ella porque es el amo!

HUER. ¿El amo? Jé! jé! Cómo se chancea usted.

FELIPA. No señor, nada de eso...

HUER. Vamos, usted, como sabe que soy de pueblo, cree usted que es fácil engañarme: pero ¿á mí?... yo he sido dos años concejal y mes y medio sargento segundo de milicianos; conque figúrese usted.

FELIPA. Le he dicho á usted la verdad.

HUER. La verdad? Pues ¿quién le ha dado á ese muchacho todo esto? (Se levantan.)

FELIPA. Su carrera, su trabajo.

HUER. Su carrera? Ha habido en Madrid *epizoitia*?

FELIPA. No se burle usted.

HUER. Qué he de burlarme? (Se queda mirando los muebles con admiracion.)

FELIPA. (Parece un buen hombre. Creo que me voy á arriesgar á decírselo todo.)

HUER. Conque, vamos, vamos, con formalidad; ¿es usted el ama de esta casa?

FELIPA. No señor; todo lo contrario: soy la criada, es decir, la doncella.

HUER. Pero ¿y el amo es él?

FELIPA. Como usted lo oye.

HUER. Vamos, me voy á volver loco de alegría. (Se va sentando en todas las sillas y butacas.) Y debe de ser verdad, porque todos estos muebles me reciben como á cosa propia. ¡Y el tunante sin decirme nada de su nueva posicion!

FELIPA. Le querría sorprender á usted...

HUER. Y recibiendo todos los meses los doce duros que yo le enviaba!

FELIPA. Por broma sin duda!...

HUER. Por broma, ¿eh? Pues mire usted, hubiera sido una broma de mejor gusto que me los hubiera enviado él á mí.

FELIPA. Es verdad. (Aquí se la suelto.) Sabe usted que como tiene obligaciones...

HUER. Su primera obligacion era la de no serme gravoso.

FELIPA. No hablo de esas, sino de otras.

HUER. De cuáles?

FELIPA. (Aquí va á ser ella!) Como el señorito se ha casado...

HUER. ¿Eh? Qué dice usted? Que se ha casado?

FELIPA. Sí señor.

HUER. Pero ¿cuándo? ¿cuándo?

FELIPA. Hace cuatro dias.

HUER. Lo comprendo todo. Qué penetracion la mia! Ven á mis brazos, querida sobrina!

FELIPA. Pero si yo no soy su mujer!

HUER. Ah! Pues entónces no vengas. Pero ¿quién es usted?

FELIPA. Ya lo he dicho: la doncella de la señorita.

HUER. Cáspita! La doncella! Su mujer! Pero ¿qué es esto? ¿Cómo yo no sé nada?

FELIPA. El señorito temía que usted se opusiera á su enlace.

HUER. Vamos, se casó con mujer pobre.

FELIPA. No señor, la señorita es rica.

HUER. Entónces ¿cómo temía ese zángano que yo me opusiera á ese matrimonio?—Y no es que yo sea interesado, no señora, sino que me parecen las ricas más guapas y más todo que las pobres.

FELIPA. Conque ¿no se enfada usted?

HUER. Al contrario, hija mia.

FELIPA. (Y decian que se iba á poner tan furioso!...)

HUER. Pero dígame usted, dígame usted, ¿dónde está la señora?

FELIPA. En su habitacion.

HUER. Quiero verla y abrazarla.

FELIPA. En seguida; pero...

HUER. Pero ¿qué?

FELIPA. (Yo se lo cuento todo.) Pero está llorando una gran desgracia.

HUER. Pues ¿qué la sucede?

FELIPA. Que la policía quiso anoche prender á su marido...

HUER. Prenderle! Y por qué?

FELIPA. Por conspirador!

HUER. Cáspita! Qué! Se ha metido á conspirar ese títere?

FELIPA. Así lo suponen por lo menos.

HUER. Parece mentira con los consejos que yo le he dado.—Mira,—le he dicho muchas veces,—que en España nadie tiene derecho á hablar gordo más que la autoridad. Ve tú con el respeto y la sumision con que yo, á pesar de ser concejal,—ya ve usted, concejal,—que no es grano de anís,—oigo al alcalde.—Él me dice: «Castañuelas, es usted un bruto:»—y yo contesto;—«Tiene usted razon; pero no todos hemos de ser tan listos como usted, porque entónces todos seriamos alcaldes.

FELIPA. Bueno; eso no hace al caso.

HUER. Tienes razon.

FELIPA. Lo que hace al caso, y lo que usted se alegrará de saber, es que ántes de que la policía llegara á esta casa,

ya el señorito estaba escondido en la de un primo de su mujer.

HUER. Ménos mal.

FELIPA. Y que allí se encuentra, y que poco despues de anochecer le podrá usted abrazar, porque piensa venir á ver á la señora.

HUER. Vamos, eso me ensancha algo el corazon, y veo que la Providencia me ha traido á esta casa para consolar á la que ya considero mi hija.

FELIPA. Segun eso ¿quiere usted verla en seguida?

HUER. Lo ántes posible.

FELIPA. Pues voy á pasarla recado. Qué contenta se va á poner!

HUER. Corre, corre!

FELIPA. (Decían que era una fiera y ha resultado una malva.) (Mutis primera izquierda.)

ESCENA IV.

D. PEDRO, HUERTAS.

Vamos, parece un sueño lo que me está pasando! Manuel casado, Manuel rico, Manuel conspirador... Tres Manueles distintos y un solo sobrino verdadero! Y pensar que he hecho yo su fortuna... Yo, que jamás he podido hacer la mia!... Porque, que he hecho yo su fortuna es indudable. ¿Quién si no? Yo le he pagado su brillante carrera, la carrera de veterinario, ese sacerdocio que á él le da dinero y á mí no me da más que disgustos, á pesar de hacer treinta años que le ejerzo á satisfaccion de todos los animales manchegos. Pero ¿quién había de creer en una elevacion tan rápida? Morada régia, muebles régios y, por lo que distingo, esposa régia tambien!

ESCENA V.

DICHO y JULIA.

JULIA. Padre! (Corriendo á abrazarle.)

HUER. Hija mia! (Abrazándola.)

JULIA. Dispense usted; en mi entusiasmo le he llamado á usted «padre,» sin saber si á usted le gustará...

HUER. No ha de gustarme! Resuena tan dulcemente ese nombre en mis oidos!... Verdad que le oigo por primera vez en mi vida.

JULIA. Por primera vez?...

HUER. Sí señora.

JULIA. ¿No se le ha oido usted á su hijo?...

HUER. Yo no tengo hijos! Y no crea usted, he hecho todo lo posible por tenerlos: me he casado cuatro veces.

JULIA. Pero ¿no es mi marido hijo de usted?...

HUER. No señora; es sobrino.

JULIA. Si él le llama á usted padre!...

HUER. Ah! Lo creo: como á tal me quiere: no ha conocido otro: es huérfano desde la infancia y yo he sido su padre, su madre y su nodriza...

JULIA. Su nodriza?...

HUER. Sí señora: le dí de mamar con biberon.

JULIA. Pues yo tambien quiero ser su hija de usted.

HUER. Bueno; pero usted no creo que necesite ya del biberon ni de papilla siquiera.

JULIA. Pero necesito su cariño!

HUER. Ese es todo para vosotros.

JULIA. Gracias, gracias.

HUER. Ahora permítame usted que te tutee...

JULIA. Tráteme usted como quiera.

HUER. Bueno; pues queda apeado el tratamiento.

JULIA. Y dígame usted: ¿cómo es que ha llegado á Madrid tan temprano? Creíamos que el tren...

HUER. El tren! El tren!... Yo no he venido en el tren!

JULIA. Pues cómo ha venido usted?

HUER. Con el ordinario, que tiene seis bestias capaces de mover la catedral de Toledo!

JULIA. Vamos!

HUER. Traía alguna prisa, ¿sabes? por eso no quise venir en el tren.

JULIA. Ah!

HAER. Y por la misma razon no quise tampoco anunciaros telegráficamente mi venida. En España no puede uno servirse del telégrafo y del ferro-carril en los casos urgentes: es mejor y más rápido el servicio de propios.

JULIA. Creo que es cierto.

HUER. Y tanto!—Pero hablando de lo que interesa: ¿por qué no me comunicó tu marido vuestra boda?

JULIA. Porque se figuraba que se había usted de oponer á ella.

HUER. Yo? Por qué razon? Pues á fe que no eres tú guapa, y que no se te puede presentar en cualquier parte! (Empieza á anochecer.)

JULIA. No sea usted lisonjero!...

HUER. La verdad; no, en eso de elegir mujer, todos los de la familia hemos tenido buen gusto: mira que se me han muerto á mí cuatro!... ¡qué cuatro!... parecían ocho!

JULIA. Qué bromista!

HUER. No es broma, no. Cada una de mis mujeres valía bien por dos. Figúrate que una de ellas,—la última,—fué á ver un dia á esa mujer gorda que se exhibe en las ferias, y todos los que entraron despues que ella creyeron que mi mujer era la que se exhibía y no la otra.

JULIA. Vamos, vamos!

HUER. Conque ¿qué tal?... Qué tal? Os va bien? Visita mucho tu marido?

JULIA. Muchísimo. No le dejan descansar un momento. Y todos sus enfermos son ilustres!

HUER. Hola! (Lo que es la córte: mire usted que llamar ilustres á los animales!)

JULIA. Verdad es que tiene merecida su reputacion: es muy

entendido: á mí me salvó de una enfermedad gravísima.

HUER. Á tí? Qué! Á tí te receta él?

JULIA. Sí señor. Hay nada más natural?

HUER. No, pareciéndote á tí natural... Lo cierto es que tambien yo receté á mis mujeres.

JULIA. Y qué tal?

HUER. Bien; se murieron, como he dicho; pero en cuanto á lo demas, bien.

JULIA. Vaya; pero es que mi marido en cirujía es una especialidad.

HUER. (Y tan especialidad como será.)

JULIA. Cura á lo caballo.

HUER. Claro. (De la única manera que sabe.)

JULIA. Pero ¡qué tonta soy! Me estoy charla que te charla, y todavía no le he preguntado á usted si quiere tomar algo.

HUER. Esa pregunta siempre es oportuna: mira, no me vendría mal un refrigerio.

JULIA. Pues ahora se lo servirán á usted. (Llama.)

HUER. Corriente.

ROMAN. (Saliendo.) ¿Llamaba la señorita?

JULIA. Sí; trae una luz, y sirve la comida al señor, que desde este momento es el amo de la casa.

ROMAN. Está bien. (Mútis.)

HUER. (Huy! El amo!)

JULIA. Yo, con el permiso de usted, voy á escribir á mi marido su feliz llegada.

HUER. Ya supondrá él que he llegado, supuesto que en mi carta...

JULIA. No, es que él no vió su carta de usted, porque cuando la trajeron ya estaba escondido.

HUER. Ah! Eso es otra cosa. Entónces vé, vé y avísale,

JULIA. Inmediatamente.—Hasta luégo. (Mútis primera izquierda.)

HUER. Adios.—Es hermosísima! Mire usted que ha sido suerte la de ese tunante de Manuel!...

ESCENA VI.

D. PEDRO, HUERTAS y ROMAN.

ROMAN. (Que habrá concluido de poner la mesa.) ¿Qué quiere el señor que le sirva?

HUER. Toma! Buena pregunta! De comer.

ROMAN. Sí, ya lo sé, pero ¿qué platos?

HUER. Qué platos? Hombre! Allá, en el pueblo, comía en platos de loza ordinaria; pero aquí en los que tú quieras comeré.

ROMAN. No es eso, no. Le pregunto á usted si quiere comer carne ó pescado.

HUER. Acabáras! Pues una vez que no estamos en cuaresma promiscuaré: ¿no te parece?

ROMAN. Como usted guste. (Váse.)

HUER. Vamos, aquí hay lujo en todo. Nos sentaremos á la mesa. (Lo hace.) Y que haré honor á la comida. Las emociones no me han quitado nunca el apetito. Es lo bueno que tengo yo: este estómago que siempre está dispuesto á recibir y que agradece todo lo que le dan. (Roman le sirve.) Huy! Qué buen olor despide este solomillo!

ROMAN. ¿Qué vino prefiere usted?

HUER. El mejor, el mejor: así no me engaño.

ROMAN. Todos son buenos: ¿quiere usted que le sirva una copa de Madera?

HUER. No, no, de ningun modo: las copas de cristal, de cristal, que son más limpias.

ROMAN. Digo de vino de Madera.

HUER. Vino de *madera*! Qué porquería! El vino de uva, de uva: ese es el que me gusta á mí.

ROMAN. ¿Beberá usted *Bourdeaux*?

HUER. ¿Burdó? Burdó? Venga á ver cómo es. Y eso que muy enrevesado tiene el nombre para que sea bueno.

ROMAN. Aquí está. (Le sirve.)

HUER. (Despues de probarlo.) Ay! Esto es lejía!—Burdó!—Claro: ello mismo lo está diciendo, Burdó!—Burdo.

ROMAN. Á usted puede que le guste más el Valdepeñas.

HUER. Naturalmente. Ah tunante! Conque tienes Valdepeñas y me das á beber vinagre! Pues no se estaba burlando de mí!

ROMAN. Tome usted. (Le sirve y se va.)

HUER. Gracias á Dios!—Esto es otra cosa. Toma! Como que es vino!

ROMAN. (Volviendo á salir.) Ahí está un caballero que pregunta por el señor. Qué le digo?

HUER. ¿Qué le has de decir? que pase.

ROMAN. Como no está el amo!...

HUER. Que no? ¿No le has oido decir á la señorita que el amo de esta casa soy yo?

ROMAN. Sí señor, pero...

HUER. ¿Qué pero ni qué manzano? Vaya usted á decir á ese caballero que pase.

ROMAN. Bien, bien. (Mútis foro.)

HUER. Parece que le cuesta obedecerme á este muchacho: pues que ande con tiento, no me ponga en la precision de despedirle.

ESCENA VII.

D. PEDRO HUERTAS y D. PEDRO CAMPOS.

CAMPOS. Servidor de usted.

HUER. Muy señor mio. Haga usted el favor de tomar asiento.

CAMPOS. Gracias. (Se sienta.)

HUER. Si usted gusta, acerque usted la silla.—Con confianza.

CAMPOS. No, no señor; que aproveche.

HUER. Usted se lo pierde.

CAMPOS. (¿Quién será este que así dispone y come en casa de mi hijo?)

HUER. Estoy á sus órdenes, caballero.

CAMPOS. Yo soy el padre de Eduardo.

HUER. Eh?

CAMPOS. Que yo soy el padre de Eduardo.

HUER. Vaya, pues que sea por muchos años.

CAMPOS. Mil gracias. Y he venido á Madrid con el propósito de pasar unos dias con mi hijo.

HUER. Bien: me parece un propósito muy laudable.

CAMPOS. Ya ve usted; hace tres años que no nos vemos...

HUER. Pues es bastante. (Pero señor, ¿qué me importará á mi todo eso?)

CAMPOS. Bueno; pues usted hará el favor de mandar que le pasen recado de que estoy aquí...

HUER. Á quién?

CAMPOS. Á Eduardo.

HUER. Á qué Eduardo?

CAMPOS. Á mi hijo: ¿no lo oye usted?

HUER. Sí, lo oigo, hombre de Dios: pero ¿qué tengo yo que ver ni con su hijo ni con usted?

CAMPOS. Cuando está usted en casa de mi hijo algo tendrá usted que ver con él!

HUER. ¿En casa de su hijo de usted yo? Vamos, está usted loco!

CAMPOS. Usted es el que pretende hacerme perder el juicio!

HUER. Yo?

CAMPOS. Sí señor, usted. Y si no vamos á cuentas. No está esta casa en la calle de Jacometrezo?

HUER. Sí señor.

CAMPOS. ¿No está señalada con el número cincuenta y cuatro?

HUER. Cincuenta y cuatro? Me parece que es cuarenta y cinco; pero no me fío mucho de mi memoria: sea cincuenta y cuatro.

CAMPOS. ¿No es este el piso segundo?

HUER. Sí señor, lo es.

CAMPOS. ¿No vive aquí un médico?

HUER. Médico? Bueno, sí, médico viene á ser, puesto que cura... animales ó personas; ello es que cura.

CAMPOS. Cura personas nada más, y ese médico es mi hijo.

HUER. Falso!

CAMPOS. Cómo qué falso? Caballero, no ofenda usted la memoria de una mujer sin tacha..

HUER. Yo no ofendo á nadie; pero sí le digo á usted que ese médico no es su hijo, porque al padre de ese médico, —que era mi hermano,—yo le ví morir!

CAMPOS. Vamos, vamos; lo mejor será dejarle á usted,—que no debe tener muy sana la cabeza,—y dirigirme á un criado.

HUER. Caballero, adonde usted se va á dirigir es á la calle. Me está usted faltando en mi casa

CAMPOS. En su casa! (Con ironía.)

HUER. Ó en la de mi sobrino, que es igual.

CAMPOS. Le digo á usted que aquí vive mi hijo y que le espero.

HUER. Canastos! qué terquedad!

CAMPOS. Es que tengo cabeza de aragonés!

HUER. Por mí, aunque la tenga usted de moro berberisco.

CAMPOS. Mientras usted no me pruebe que Eduardo se ha mudado...

HUER. Se lo voy á probar á usted. Primeramente: el amo de esta casa no se llama Eduardo, sino Manuel.

CAMPOS. Superchería!

HUER. En segundo lugar, el amo de esta casa no es médico propiamente dicho, sino veterinario.

CAMPOS. Veterinario, sí! Con este lujo viviría entónces.

HUER. Caballero, entienda usted que mi sobrino es un veterinario de fama, y que hay personas que pagan mejor al médico de sus caballos que al suyo!

CAMPOS. No diga usted tonterías.

HUER. ¿Cómo tonterías?... si despues de todo, nada es más justo!

CAMPOS. Cómo! ¿Quiere usted comparar los veterinarios á los médicos?

HUER. No señor, no los quiero comparar por no ofender á los veterinarios. Buena diferencia hay de unos á otros! Que un médico cure á un paciente que le hace la historia de su padecimiento y de los de sus antecesores, y que dice ademas dónde le duele: ¿qué tiene de extra-

ño? Pero en cambio, el que un veterinario salve de las garras de la muerte á un buey por ejemplo, sin abolengo conocido y mudo como un sepulcro por añadidura, ¿no es grande, no es sublime, no es piramidal?

CAMPOS. Bueno, bueno: déjese usted hora de discursos, y sepamos al fin si mi hijo vive en esta casa ó no.

HUER. Le he dicho á usted que *no* cuatro veces!

CAMPOS. (Mirando los muebles y sobre todo un armario-papelera.) (Pues estos parecen sus muebles.)

HUER. (Cómo lo mira todo!)

CAMPOS. (Y este creo que es el que yo le regalé!)

HUER. (Qué sospecha! Ay! Se detiene! No me cabe duda: este hombre es un ladron!)

CAMPOS. Cada vez me convenzo más...

HUER. Todavía? Y decía usted que tenía la cabeza de aragonés? ¡quiá! la tiene usted de piedra berroqueña!

CAMPOS. Caballero!

HUER. (Retirándose.) (Ay! Creo que he cometido una imprudencia. Porque de seguro vendrá armado y dispuesto á todo!)

CAMPOS. (Volviendo á mirar al armario.) (Nada, que me parece el mismo.)

HUER. (Ay! Ahora le descerraja!)

CAMPOS. Conque quedamos?...

HUER. En nada: aquí está mi sobrina y ella le convencerá á usted. (Ahora ya somos dos á gritar si se mueve!)

ESCENA VIII.

DICHOS y JULIA.

HUER. (Á Julia llevándola de la mano.) Ven acá y desengaña á este hombre.

JULIA. Pues ¿qué pasa?

CAMPOS. Á los piés de usted.

JULIA. Beso á usted la mano.

HUER. Pasa, que este caballero se empeña en que mi sobrino

no es mi sobrino, y en que tu marido no es tu marido.

ULIA. (Á Pedro Campos.) Cómo! Se ha atrevido usted á suponer?...

HUER. Espera, mujer, no te sulfures, que no he acertado á explicarme con claridad.

CAMPOS. Lo que yo digo...

HUER. (Á D. Pedro Campos.) Silencio. (Á Julia.) ¿Estás tú casada con mi sobrino?

JULIA. Sí señor: pero ¿á qué viene?...

CAMPOS. Si yo no digo...

HUER. Silencio! ¿Es tu marido el dueño de esta casa?

JULIA. Naturalmente: ¿quién lo ha de ser?

HUER. Eh? Qué dice usted ahora? (Á Pedro Campos.) ¿Se da usted por vencido ó todavía es usted capaz de?...

CAMPOS. (Á Pedro Huertas.) Déjeme usted hablar, hombre. Dígame usted, señorita, (Á Julia.) ¿es verdad que el dueño de esta casa está casado?

JULIA. Sí señor, es verdad.

HUER. (Ah, bribon! cómo disimulas!)

CAMPOS. ¿Entónces hará poco que vive usted aquí?

JULIA. Yo? Sólo cuatro dias...

CAMPOS. Ah! Lo comprendo!

HUER. Gracias á Dios!

CAMPOS. Soy víctima de un error!

JULIA. Acabáramos!

HUER. (Sí, has errado el golpe.)

CAMPOS. Pero entónces, ¿dónde está mi hijo?

HUER. ¿Qué sabemos? ¿Cree usted que nosotros somos los encargados de volver á los padres los hijos perdidos?

CAMPOS. Nada, nada: tendré que ir á preguntar á mi primo Bonifacio.

HUER. Pregunte usted á quien le dé la gana.

CAMPOS. Dispense usted, señorita. (Mutis, foro.)

ESCENA IX.

JULIA y PEDRO HUERTAS.

JULIA. Ese hombre está loco! (Timbre. Quitan la mesa.)

HUER. No lo creas.

JULIA. Todo en él lo revela.

HUER. No hay tal cosa.

JULIA. Cómo?

HUER. No te asustes: ese hombre es un ladron.

JULIA. Un ladron?

HUER. De arriba á abajo.

JULIA. Pero ¿qué motivos tiene usted para sospechar?...

HUER. Poderosísimos!

JULIA. Cuáles son?

HUER. Si tú le hubieras visto reconocer ese mueble...

JULIA. Ese?

HUER. Sí. ¿Teneis ahí dinero?

JULIA. Sí señor.

HUER. No lo dije? Pues lo olió. Qué! si tienen un olfato estos rateros...

JULIA. El que mirara con detencion ese mueble no es bastante para presumir...

HUER. Es que, además, todo en él denuncia al ladron: sus maneras, su modo de presentarse, su cara... Ah! su cara es la de un gran criminal, no me cabe duda. Tengo completísima seguridad de que no me equivoco: mira lo que soy yo para eso: una vez detuvo la guardia civil de mi pueblo á un hombre indocumentado; pues bien, no hice yo más que verle, cuando dije: «aseguradle, que este hombre está avezado á matar.»

JULIA. ¿Y resultó que, en efecto, era un asesino?

HUER. No; pero era un carnicero: ya ves tú si habría matado!

JULIA. Sí, sí; efectivamente.

HUER. Ah! Pero en esta ocasion puedes estar tranquila, que yo velo.

JULIA. Lo estoy del todo.

HUER. Gracias por la confianza: conque ahora, y ya libres de ese tunante y repleto el estómago, no será malo que me lave y me cepille un poco.

JULIA. Como usted quiera: ahí tiene usted su cuarto. (Primera derecha.)

HUER. Voy allá.—Oye: si por casualidad viene mi sobrino ántes de que yo salga, no dejes de avisarme en seguida, que ardo en deseos de abrazarle. (Váse.)

JULIA. Descuide usted.

ESCENA X.

JULIA, despues FELIPA.

JULIA. En verdad que no ha podido venir don Pedro más oportunamente.

FELIPA. (Que entra muy agitada.) Señorita! Señorita!

JULIA. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

FELIPA. Ay! Qué asustada vengo!

JULIA. Pues ¿qué ocurre? Habla, no me impacientes!

FELIPA. Que no he podido dar la carta al señorito.

JULIA. Por qué?

FELIPA. Porque me le han negado en casa de su primo de usted.

JULIA. ¿Que te le han negado? Ignorarían que ibas de mi parte.

FELIPA. Lo dije repetidas veces.

JULIA. Entónces...

FELIPA. Oí en la portería,—donde había mucha gente,—que los guardias estaban registrando todas las casas de la calle de Valverde.

JULIA. Dios mio! Le van á encontrar.

FELIPA. Yo lo temo mucho.

JULIA. ¿Y has tardado más de media hora en ir y volver cuando tenías que darme noticias tan graves?

FELIPA. Señora, despues que las he sabido no he tardado tres minutos en llegar aquí.

JULIA. Pero ántes te estarías hablando con tu novio, con ese majadero de albéitar que te tiene sorbido el seso.

FELIPA. Señora!

JULIA. Me parece que para que te dejes de noviazgos te voy á prohibir salir á la calle...

FELIPA. (Si tú supieras que le recibo en casa.)

JULIA. Dios mio! Y qué hacer? Puede que Eduardo esté ya preso!

FELIPA. No se aflija usted.

JULIA. ¿No he de afligirme? Pues á fe que no es poco grave lo que me pasa!

FELIPA. ¿Quiere usted que avise á don Pedro?

JULIA. Sí, avísele... Pero no, detente: acaso por salvar á mi marido se comprometería él, y perderíamos á los dos.

FELIPA. Pues entónces esperemos: ¿quién sabe? Puede que el señorito, á favor de la oscuridad de la noche, logre escaparse.

JULIA. Tengo pocas esperanzas!

FELIPA. Pues mire usted, aquí está.

ESCENA XI.

JULIA, FELIPA y EDUARDO.

(Este último muy agitado durante toda la escena.)

EDUAR. Julia!

JULIA. Eduardo! (Están estrechamente abrazados un instante.)

FELIPA. (Aquí sobro: voy á ver si viene mi Manuel.) (Mutis segunda izquierda.)

JULIA. ¿Al fin te has salvado?

EDUAR. Milagrosamente: tuve que arrojarme por una ventana.

JULIA. Y estás herido?

EDUAR. No, por fortuna.

JULIA. Ante todo: está aquí tu padre...

EDUAR. Dónde?

JULIA. Aquí, en casa: voy á llamarle.

EDUAR. (Deteniéndola.) De ningun modo: no puedo perder cin-

co minutos: la policía, no encontrándome en casa de mi primo, vendrá aquí, y...

JULIA. ¿Y te vas á marchar tan pronto?

EDUAR. En seguida. Como está mi padre?

JULIA. Muy bueno, y deseando verte.

EDUAR. ¿Le ha disgustado nuestra boda?

JULIA. Al revés, está contentísimo!

EDUAR. Parece mentira! Pero en fin, más vale así. Dale un fuerte abrazo en mi nombre y adios.

JULIA. Tan pronto?

EDUAR. Sí. ¿Quieres que me prendan?

JULIA. Ah? No! Eso nunca.

EDUAR. Pues adios.—Ah! me olvidaba; dame dinero, que no sé adónde tendré que ir.

JULIA. Ahora. (Abre el armario-papelera y saca algunos billetes que entrega á su marido cuando marca el diálogo.)

EDUAR. Pronto, que el tiempo urge!

JULIA. Toma.

EDUAR. Adios!

JULIA. Adios! (Eduardo sale precipitadamente: Julia le sigue.)

ESCENA XII.

D. PEDRO HUERTAS.

Santo Dios! Si no lo hubiera visto, no lo creyera! Mi sobrina abrazando á un hombre!... y dándole dinero!... Para que se fíe uno de galgos de buena traza! Lo que siento es que no oí lo que hablaban! Pero ¿para qué oirlo? No ví cómo le abrazaba y con qué amor le retenía? No ví tambien cómo le dió dinero? Y á los cuatro dias de casada! Y con el marido preso! Oh! afortunadamente he sorprendido el crímen, y estoy yo aquí para velar por la honra de mi sobrino!

ESCENA XIII.

DICHO y MANUEL. Este entra por la segunda derecha.

MANUEL. ¿Estará aquí Felipa?

HUER. Manuel!

MANUEL. Tio! (Sorpendido.) ¿Cómo está usted aquí? (Abrazándose.)

HUER. Toma! Porque he venido.

MANUEL. Pero...

HUER. ¿Tú sabes á lo que te expones entrando en esta casa?

MANUEL. Sí señor; pero usted ignora...

HUER. Yo lo sé todo. El que ignora muchas cosas eres tú.

MANUEL. Explíquese usted, porque, en verdad, no comprendo...

HUER. Tú te expones á estos peligros por la mujer amada.

MANUEL. Es cierto; pero cómo sabe usted?...

HUER. Ya te he dicho que yo lo sé todo. Ahora falta que conozcas tú la verdadera situacion en que estamos.

MANUEL. Qué situacion?

HUER. Serenidad, Manuel.

MANUEL. Hable usted.

HUER. Ten presente que en las grandes contrariedades se prueban los hombres.

MANUEL. Dónde va usted á parar?

HUER. Yo he tenido cuatro esposas y sé mejor que nadie lo que son las mujeres.

MANUEL. Pero ¿quiere usted concluir?

HUER. Ahora mismo.

MANUEL. Vea usted que si me sorprenden aquí...

HUER. Sí, sí; lo comprendo, y voy á revelarte en seguida la horrible verdad.

MANUEL. Á ello.

HUER. Manuel, pobre Manuel, desgraciado Manuel!... esa mujer que amas y que tiene una cara de ángel, es un demonio.

MANUEL. Qué dice usted?

HUER. Lo que oyes: y esa mujer no te quiere: es más, te es infiel.

MANUEL. Tio, eso es imposible!

HUER. Imposible! Yo mismo he visto cómo abrazaba á un hombre en esta sala.

MANUEL. Usted!

HUER. Yo! Y he visto ademas cómo le daba dinero.

MANUEL. Ella!

HUER. La misma; qué cantidad no te diré, pero de que le dió dinero, poco ó mucho, no me cabe duda. Ah! Todas son iguales; acuérdate de tu tia Nicanora, mi tercera mujer, que porque no me pudo matar á pesadumbres se murió ella de rabia.

MANUEL. Pero usted, ¿qué hace aquí?

HUER. Cumplir con mi deber.

MANUEL. No comprendo...

HUER. Ya lo sabrás: ahora por de pronto, huye, sálvate.

MANUEL. Sin verla?

HUER. Sí; yo me encargo de todo.

MANUEL. Pero?...

HUER. Largo he dicho! (Le empuja y arroja de la escena. Segunda derecha.)

ESCENA XIV.

D. PEDRO HUERTAS.

Huy!.,. qué laberinto! Sin mí ella quedaría impune, y á él le meterían preso. En buena hora he llegado! Bien puede mi sobrino agradecerme la venida!

ESCENA XV.

D. PEDRO HUERTAS y D. PEDRO CAMPOS.

CAMPOS. Afortunadamente le encuentro á usted aquí todavía!

HUER. (Cielos! El ladron!)

CAMPOS. Se ha burlado usted de mí indignamente; pero ahora vamos á saldar cuentas.

HUER. (Dios mio! Viene dispuesto á emplear la violencia para robar!)

CAMPOS. Se calla usted ahora?

HUER. Qué quiere usted qué diga? (Amedrentado.)

CAMPOS. Ah! Me tiene usted miedo?

HUER. (Ya lo creo!) No, no... Cómo miedo! No señor!...

CAMPOS. Si este mueble no podía engañarme!

HUER. (No lo dije? Al mueble; y se ha enterado de que hay dinero.)

CAMPOS. Va usted á salir por la ventana!

HUER. Haga usted lo que quiera, pero respete usted mi vida.

CAMPOS. La vida sí, pero las orejas no! (Corre tras de él hasta que se presenta en la puerta un Inspector.)

ESCENA XVI.

DICHOS y el INSPECTOR.

INSP. Alto!... en nombre de la ley!

HUER. Ay! Protéjame usted! (Abrazándose al Inspector.)

INSP. Qué es esto?

HUER. Este ladron que quería matarme.

INSP. Un ladron! Prendedle! (Dos guardias se apoderan de D. Pedro Campos.)

CAMPOS. Á mí esta ofensa! Óigame usted! (Al Inspector.)

INSP. No tengo tiempo: ya le oirán á usted en la prevencion.

CAMPOS. Pero, caballero...

INSP. Silencio! (Á otros guardias.) Ahora registrad el resto de la casa á ver si encontramos al otro, al que venimos á buscar... (Se llevan á D. Pedro Campos, y al salir le dice:)

HUER. Anda, echa bravatas ahora!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

JULIA y D. PEDRO HUERTAS.

JULIA. ¿Conque al fin resultó que aquel hombre era un ladron?

HUER. Y de los más audaces.

JULIA. De buena hemos escapado?

HUER. Gracias á mí!

JULIA. Es verdad; gracias á usted y á una coincidencia milagrosa, puesto que el mismo inspector que vino á buscar á mi esposo, y por tanto, á darnos un disgusto, prendió á ese ratero, y nos prestó un gran servicio. Bien dice el refran: «que no hay mal que por bien no venga.»

HUER. Ah! Pero es que si yo no hubiera estado aquí, el ladron habría consumado el delito, y tu marido estaría á estas horas en la cárcel.

JULIA. Por qué?

HUER. Pues porque yo fuí quien comprendió en seguida que aquel hombre era un ladron, y quien le denunció á la policía, y porque yo fuí tambien quien un momento

ántes había obligado á tu esposo á huir de estos sitios.

JUTIA. Cómo! ¿Ha visto usted á mi esposo?

HUER. Sí, le he visto y... le he hablado.

JULIA. Cuándo?

HUER. Hace media hora á lo sumo.

JULIA. Y dónde le vió usted?

HUER. En este mismo gabinete.

JULIA. Es imposible!

HUER. Imposible, eh? (Con intencion.) Más imposibles parecen otras cosas y las he visto tambien,

JULIA. Pero ¿cómo puede ser eso? Si él mismo me dijo que no podía esperar á que le pasara á usted aviso y me encargó que le diera á usted un abrazo de su parte... Por cierto que no he cumplido el encargo y voy ahora...

HUER. Aparta, aparta! (Deteniéndola.)

JULIA. Cómo?

HUER. Yo no recibo abrazos de procedencia dudosa.

JULIA. Pues no digo que me le dió mi esposo para usted?

HUER. Sin embargo, como tambien ha recibido usted abrazos de otra persona, pudiera suceder que se confundiera usted y me diese el del uno por el del otro.

JULIA. Qué quiere usted decir?

HUER. Me parece que me explico bien claro.

JULIA. La verdad es que me está sorprendiendo el tono que usted emplea para hablarme...

HUER. Empleo el que usted merece.

JULIA. Caballero, aunque nos unan los lazos que nos unen, no creo que esté usted autorizado para faltarme.

HUER. (Este es el crímen: siempre acompañado de la soberbia!) Conste que no te falto.

JULIA. Sí me falta usted!

HUER. Verás como no. (Tomándola de la mano y con misterio.) Oye y confúndete! Lo sé todo!

JULIA. Qué?

HUER. Lo he visto todo!... es decir, todo no; pero he visto mucho!

JULIA. ¿Qué ha visto usted, hombre de Dios?

HUER. Qué! ¿Acaso no te dará vergüenza oirlo?

JULIA. No señor.

HUER. (Claro, no la tiene!)

JULIA. Y por qué me ha de dar?

HUER. Por qué? Vamos, escudriña tu conciencia y no me preguntes nada.

JULIA. Pero ¿de qué se trata? Déjese usted de misterios y reticencias y hable claro:

HUER. Pero desdichada! ¿crees que tu conducta es un secreto para nosotros? Pues te equivocas: la conocemos; nos la sabemos de memoria, desgraciadamente.

JULIA. Estoy asombrada!

HUER. Más asombrado me quedé yo...

JULIA. Pero ¿quiere usted precisar sus cargos?

HUER. Nada; no volvamos sobre lo pasado, y arreglemos este triste asunto del único modo que es posible.

JULIA. Usted dirá, porque yo no entiendo una palabra.

HUER. (Ánimo, que acaso voy á evitar que Manuel cometa un crímen.) Pues yo creo que en el punto á que han llegado las cosas, aquí no hay más solucion que el divorcio.

JULIA. El divorcio! Qué dice usted?

HUER. No, no te apures: nada de ir á los tribunales; nada de escándalo: lo que yo pretendo es una separacion por mútuo consentimiento.

JULIA. Pero qué! por ventura quiere usted que yo me separe de mi marido?

HUER. Precisamente.

JULIA. Y por qué?

HUER. Dale! Pues mira, ya que deseas que te eche la falta al rostro, te complaceré: tu marido conoce tus liviandades...

JULIA. Mis liviandades?...

HUER. Sí, y no quiere verte más.

JULIA. Cómo! Mi marido me supone liviana?

HUER. No, suponerte liviana, no; pero sabe que lo eres.

JULIA. Qué oigo? Ah! Calumnia tan vil me indignaría si ella mereciese otro castigo que mi desprecio.

HUER. Desahoga, desahoga: el derecho de pataleo á nadie se le niega.

JULIA. Dios mio! (Llorando.)

HUER. Si lo hubieras mirado bien ántes, no llorarías ahora.

JULIA. Ah! Veo claro lo que aquí sucede!

HUER. Tambien yo lo ví muy claro, demasiado claro.

JULIA. Esto es que usted, para desacreditarme á los ojos de mi esposo, ha urdido una trama indigna!

HUER. Eh! eh! Cuidado con lo que se dice!... no pague yo los vidrios que usted ha roto!

JULIA. No, no crea usted que voy á exforzarme por defenderme.

HUER. Bien hecho: porque sería inútil.

JULIA. Ni que voy á intentar ver á mi marido.

HUER. Buena idea! No se exponga usted á sus iras!

JULIA. No le temo; pero el hombre que ha sospechado de mí tales infamias no merece ni mis explicaciones, ni que yo me detenga un instante más en su casa.

HUER. Perfectamente!

JULIA. Ahora mismo voy á salir de aquí!

HUER. Cuando usted guste.

JULIA. Pero voy á salir con la frente muy levantada.

HUER. Bueno; la frente llévela usted como quiera.

JULIA. Páselo usted bien. (Mutis primera izquierda.)

ESCENA II.

D. PEDRO HUERTAS.

Estoy satisfecho! He salvado á mi sobrino de otro gran peligro. Porque si él encuentra cara á cara á su mujer, ¿quién sabe á qué deplorables extremos no le hubieran llevado los celos y su honra herida? Nada, nada, creo que he dado con la solucion única: la separacion! Váyase la infiel donde quiera, y yo me quedaré aquí para consolar á Manuel.

ESCENA III.

DICHO y FELIPA.

FELIPA. Me alegro que esté usted aquí todavía.

HUER. Pues...

FELIPA. Porque quiero saber cnanto ántes ¿qué motivos tiene usted para decir que yo soy esto, y lo otro, y lo de más allá?

HUER. Oye, oye... ¿Y qué es esto, y lo otro, y lo de más allá?

FELIPA. Toma! Pues lo que usted le ha dicho á Manuel.

HUER. Esa es buena! ¿Y qué tienes tú que ver con lo que yo le he dicho á mi sobrino?

FELIPA. Ah! ¿De modo qne es cierto que usted es tio de Manuel?

HUER. Ahora sales tú con esa embajada!

FELIPA. Pues si no lo he sabido hasta ahora!

HUER. Bah! Bah! Bah! No digas embustes ni me rompas la cabeza!

FELIPA. El que dice embustes es usted, que anda desacreditándome.

HUER. Yo?...

FELIPA. Usted, sí señor, usted, que asegura que yo soy infiel.

HUER. Yo? No lo creas. Que tú eres infiel?... Calla, calla, que yo por cristiana vieja te tengo.

FELIPA. No, no es eso; sino que usted ha dicho á Manuel que yo abrazo á los hombres y que les doy dinero.

HUER. Eh? (Ese bárbaro cambió los frenos.) Pero ¿quién te ha contado á tí que he dicho yo esas cosas?

FELIPA. Manuel, el mismo Manuel.

HUER. Mira, ante todo, ya me vas cargando con tus confianzas: á mi sobrino no le llames tú Manuel á secas, sino don Manuel.

FELIPA. Don Manuel!. (Con ironía.)

HUER. Don Manuel, sí señora, don Manuel! (Imitándola.)

FELIPA. Pues yo siempre le he llamado sin don.

HUER. Porque él es demasiado bueno. (No sé cómo permite á los criados esta falta de respeto.)

FELIPA. Y le seguiré tratando siempre como hasta ahora.

HUER. Sí? Pues yo te pondré de patitas en la calle (Está visto que tengo que reorganizar esta casa.)

FELIPA. Lo que es por eso no se apure usted, que yo me iré. ¿Cree usted que me faltará donde servir?

HUER. ¿Y te figuras tú que no me sobrará á mí quien me sirva?

FELIPA. Pues hemos concluido, me iré!

HUER. Cuando te dé la gana.

FELIPA. Pero no será sin que usted me diga qué motivos tiene para decir lo que ha dicho.

HUER. Yo no he dicho nada de tí.

FELIPA. Es verdad; y no sé por qué usted se acuerda del santo de mi nombre!

HUER. Que no me he acordado, mujer! ¿San Felipe? Precisamente no le tengo devocion... ¡mira tú cómo me iba á acordar!

FELIPA. Pero si me lo ha contado su mismo sobrino de usted!

HUER. Pues te aseguro que mi sobrino se ha equivado... (Ese bárbaro!)

FELIPA. Sí? Pues bien, eso se lo tiene usted que decir á él delante de mí.

HUER. Oye, oye: ¿pero es que entre los dos eres tú la que mandas. ¿Quién es aquí el amo?

FELIPA. Usted; pero no quita para que me deba usted una satisfaccion.

HUER. Bueno, te la daré; pero tú me vas á dar en seguida otra satisfaccion á mí, que será la de verte salir para siempre de esta casa.

FELIPA. Corriente. Manuel no puede tardar.

HUER. Qué! Se atreverá á volver esta noche?

FELIPA. Ya lo creo! como se atreve todas. Ademas, que como no habló conmigo más que un instante, y yo quería aclarar esto pronto, le dije que volviera temprano.

HUER. Pero...

FELIPA. Aquí está ya.

ESCENA IV.

DICHOS y MANUEL.

MANUEL. Encuentro á los dos juntos y me alegro.

FELIPA. Yo tambien.

HUER. Yo no. ¿Cómo te atreves á venir, desdichado?

MANUEL. Porque quiero saber á qué atenerme respecto á lo que usted me dijo.

FELIPA. Eso es: quiere saber á qué atenerse.

HUER. Pero, Manuel, tú has perdido el juicio!

MANUEL. Quien yo creo que le ha perdido es usted.

HUER. Cómo! eso me dices despues de los favores que te he hecho desde que llegué?

MANUEL. Á mí?

HUER. Á tí, ingrato, á tí!

FELIPA. Déjese usted de eso, y repita á Manue lo que me dijo á mí ántes.

MANUEL. Qué te dijo?

HUER. La dije la verdad; que eres un zángano, y que interpretaste torcidamente mis palabras.

MANUEL. Yo?.Pues ¿no me aseguró usted que había visto como Felipa abrazaba á un hombre?

HUER. No señor, no aseguré tal cosa!

FELIPA. ¿Lo ves?—Si ya decía yo que no se podía mentir con tanto descaro!

MANUEL. Pero, tio, ¿será usted capaz de negar?...

HUER. Y tanto como lo soy. (Le hace señas.) Yo te hablaba de... Ya me entiendes.

MANUEL. Ni palabra.

HUER. (Qué torpeza!) Yo no me refería á Felipa, sino á... á...

MANUEL. Á quién?

HUER. Hombre! qué indiscreto! Ahora lo voy á decir, si te parece, delante de esta!

FELIPA. ¿Y por qué no delante de mí? Yo tengo derecho á saberlo.

HUER. La oyes? La oyes? (Á Manuel.) ¿Y permites que una criada te hable de ese modo?

FELIPA. Y cómo no, si soy tan buena como él!

MANUEL. Naturalmente; y si ademas la quiero!

HUER. Á quién?

MANUEL. Á Felipa.

HUER. Á Felipa? Jesús! Qué inmoralidad! Y lo declaras?

MANUEL. Sí señor.

HUER. Vírgen Santísima! Entónces qué extraño es que la otra?... Bah! Bah! Os juntasteis tal para cual.

FELIPA. Cómo?

MANUEL. Pero ¿qué dice usted?

HUER. (Es preciso que yo moralice este hogar!) Digo que necesito hablar contigo á solas, porque este negocio no es para tratado delante de testigos.

FELIPA. Yo no soy *testiga*, ¿está usted? que soy interesada; y por lo tanto, no me voy de aquí.

HUER. Vamos, haz valer tu autoridad una vez siquiera. (Á Manuel.)

MANUEL. No señor, quiero que me lo diga usted todo delante de ella.

HUER. ¿Hasta tal extremo llevas la desvergüenza? Pues yo, mirando por tí más que tú mismo, no haré pública tu deshonra.

MANUEL. ¿Qué deshonra ni que niño muerto?

FELIPA. Pero ¿qué habla usted ahí?

HUER. Lo que quiero. (Huy! cómo me revientan estas maritornes que tratan de tú al amo!)

MANUEL. Conque, ¿se explica usted ó no?

HUER. Bastante me he explicado; y ya me habrías comprendido si no fueras tan zoquete.

FELIPA. Aquí hay gato encerrado.

HUER. No señora: aquí no hay gato encerrado; pero hay varias gatas sin encerrar. (Campanilla.)

FELIPA. Qué coraje! Ahora le da gana de llamarme á la señorita!... Pues no voy.

HUER. Muy bien mandada!

FELIPA. Para lo que he de estar aquí...

HUER. Sí, eso es cierto, porque vas á irte á la calle en seguidita. (Campanilla.)

MANUEL. Mira, vete; no des que sospechar y nos sorprendan.

HUER. (Y nos sorprendan! Qué cinismo!)

FELIPA. Iré, si tú quieres; pero has de dar palabra de esperar aquí hasta que yo vuelva.

MANUEL. Te la doy.

HUER. Eso es; y si entre tanto viene la policía...

FELIPA. Que venga! (Á D. Pedro.) Lo dicho! (Á Manuel y mútis.

ESCENA V.

D. PEDRO HUERTAS y MANUEL.

HUER. (Despues de mirar fijamente á Manuel.) Mira, si me dejara llevar de mi genio te pegaba dos bofetadas á mi gusto!

MANUEL. Por qué?

HUER. Por animal!

MANUEL. Todavía, tio?...

HUER. Ven acá, y hablemos claramente!

MANUEL. Es lo que deseo.

HUER. ¿Para qué te casaste?

MANUEL. Eh?

HUER. Que para qué te casaste?

MANUE . Yo?

HUER. Lo ves? Ya yo lo sabía: con esa sola pregunta te anonadé: no hay más, te anonadé!

MANUEL. Pero ¿por qué me pregunta usted eso? De dónde saca usted que yo me he casado?

HUER De que lo sé: ademas, te lo conozco en la cara, porque el matrimonio sale al rostro como las marcas de las viruelas

MANUEL. Pues ahora se equivoca usted, porque soy soltero.

HUER. Soltero! Es decir, que mantienes relaciones criminales con el ama y con la criada á un tiempo! Qué cúmulo de iniquidades!

MANUEL. Pero qué está usted barajando ahí?

HUER. La verdad, que resulta de tus palabras clara como la luz.

MANUEL. Hombre, venga usted acá y no desbarre: yo tengo relaciones con Felipa.

HUER. Ya lo sé; y ademas...

MANUEL. No, nada más.

HUER. Nada más? Pues entónces ¿qué lazos te unen á Julia?

MANUEL. Á qué Julia? á la señorita? Ninguno! ni me conoce siquiera!

HUER. ¿Pues cómo vive aquí, en tu casa?

MANUEL. Si esta no es mi casa!

HUER. Que nó?

MANUEL. No señor! Qué ha de ser! No fuera malo.

HUER. Eh? (Dios mio!)

MANUEL. Yo entro aquí á escondidas á ver á Felipa...

HUER. Santo Dios!.

MANUEL. El dueño de esta casa es un médico...

HUER. Santo Fuerte!

MANUEL. Llamado don Eduardo Campos...

HUER. Santo inmortal!

MANUEL. Al que andan persiguiendo por sus ideas políticas.

HUER. Ay! Á mí me vá á dar algo! Toda la habitacion me da vueltas!

MANUEL. Qué le sucede á usted?

HUER. Ay! Que yo creía que esta era tu casa y que Julia era tu mujer, y ella, confundida tambien como yo, ha creido que yo era el padre de su esposo!...

MANUEL. Pues se han lucido ustedes!

HUER. Y al verdadero padre de su marido—que él era indudablemente,—le he hecho yo pasar por ladron, y le he enviado preso... y á Julia la exigí que se separara de su esposo, y la llamé liviana, y... ¡qué sé yó! Figúrate que hace cinco horas que estoy disponiendo aquí, y que no he dispuesto más que barbaridades.

MANUEL. Pero no comprendo cómo...

HUER. Verás: yo venía por esta calle, y un muchacho me preguntó si era don Pedro: yo le contesté que sí, y no

le engañé, porque Pedro soy, y en cuanto al *don*, ya se sabe que en el dia se le da á cualquiera: el chico me trajo á esta casa, yo la creí tuya, y ahí lo tienes explicado todo. Ay! Me van á desollar vivo!

MANUEL. Y con razon.

HUER. Manuel, sálvame! Tú que sabes donde está la puerta, guíame y sácame cuánto ántes de este purgatario!

MANUEL. Espere usted. Por la escalera principal no debemos bajar; nos expondríamos á un encuentro desagradable!

HUER. Vámonos por cualquier parte; aunque sea por un balcon.

MANUEL. Lo mejor es que yo le pida á Roman la llave de la escalera de servicio.

HUER. Eso es, sí; pídesela: vamos cuanto ántes.

MANUEL. No, no; iré yo solo: no vaya á sospechar algo.

HUER. Bien; pues vete, corre, pero no tardes... Ve que me dejas en un potro! (Mútis Manuel segunda derecha.)

ESCENA VI.

D. PEDRO HUERTAS y EDUARDO.

HUER. Dios santo! ¿Saldré de esta casa con las orejas en su sitio?

EDUAR. (Que entra con recelo y se encuentra cara á cara con D. Pedro Huertas.) Buenas noches.

HUER. Muy buenas.

EDUAR. (Quién será este hombré?)

HUER. (Ay! el que abrazaba á Julia! su marido sin duda! Qué va á ser de mí?)

EDUAR. ¿Se puede saber qué es lo que se le ofrece á usted en esta casa?

HUER. Sí, señor, sí; se puede saber: ya lo creo! No se me ofrece nada.

EDUAR. Qué hace usted aquí entónces?

HUER. Pues... (¿Qué le diré?) Pues esperaba al médico... eso

es, al médico.

EDUAR. (¿Si será este un polizonte apostado aquí para sorprenderme? Vayamos con tiento por si acaso.)

HUER. (Dios mio! ¿qué estará pensando?)

EDUAR. ¿Á... don Eduardo espera usted?

HUER. Sí, sí señor; precisamente á don Eduardo!

EDUAR. (No me conoce!) ¿Viene usted á consultar con él alguna dolencia?

HUER. (No es él!) Sí señor, venía á consultar una dolencia.

EDUAR. Pues don Eduardo no está en Madrid.

HUER. Ah! Pues entónces me voy.

EDUAR. (Deteniéndole.) No, no, porque yo soy el médico á cuyo cargo deja su clientela, y conmigo puede usted consultar.

HUER. Gracias. Dispénseme usted: tengo toda mi confianza en don Eduardo y quiero que él solamente me recete.

EDUAR. Le advierto á usted que yo represento á don Eduardo en todo y por todo.

HUER. (Ya lo he visto; hasta para abrazar á su mujer.)

EDUAR. Conque, hágame usted, si gusta, la historia de su enfermedad.

HUER. Mi enfermedad no tiene historia.

EDUAR. Sin embargo, siéntese usted.

HUER. Gracias. (Se sienta.) (Ay! Parece que me he sentado sobre alfileres!)

EDUAR. ¿Qué le duele á usted, amigo mio?

HUER. Ahora me duele todo el cuerpo.

EDUAR. Tiene usted apetito?

HUER. No señor, muchas gracias; he comido hace poco.

EDUAR. Bien: ¿y anda usted sin dificultad?

HUER. Sí señor, sin ninguna. (Hasta que me rompan una pierna de un garrotazo que, por las trazas, no será tarde.)

EDUAR. Bueno: y ese dolor que siente usted en todo el cuerpo ¿hácia qué parte se manifiesta con más intensidad?

HUER. Hácia qué parte? Pues... segun y conforme: unas veces me duele aquí... otras acá... (Señalando en su cuerpo.) y algunas en ninguna parte. Mire usted, ahora precisa-

mente no me duele nada... (Se levanta.) Conque, no quiero entretenerle á usted... Que usted lo pase bien.

EDUAR. (Deteniéndole.) Alto! Alto! (No me engañé, es de la policía!) Yo no puedo permitir que usted se marche sin que vaya radicalmente curado, porque ese dolor se repetiría...

HUER. No señor, no se repite.

EDUAR. Le digo á usted que se repetiría y tendría usted que volver...

HUER. Quiá! No señor, no vuelvo!

EDUAR. Sin embargo, mi conciencia... (Toca el timbre.) Voy á recetar á usted.

HUER. Si no me duele nada. (¿Me irá á dar algun veneno?)

EDUAR. No importa! (Yo te haré dormir un par de horas.) Con el permiso de usted, voy á dar algunas órdenes.

HUER. Usted le tiene. (¿Si ordenará que me den una paliza?)

EDUAR. (Ap. á Roman, que ha entrado.) (Deja un criado en la antesala con órden de que no permita salir de aquí á este hombre.)

ROMAN. (Cómo, señor?...)

EDUAR. (Silencio!)

HUER. (Qué le dirá?)

EDUAR. (Tú abre mi despacho y en seguida vé á decir á la señora que estoy en casa.)

ROMAN. (Está bien.) (Mutis.)

EDUAR. Haga usted el favor de esperar un instante, que en seguida vendrán con el medicamento. Precisamente tengo en casa lo que usted necesita. (Mutis foro.)

HUER. (Alguna vara de avellano.)

ESCENA VII.

D. PEDRO HUERTAS y MANUEL.

HUER. Si viniera pronto Manuel!... Ah! (Viéndole.)

MANUEL. Está usted solo?

HUER. Ahora sí: ¿nos vamos?

MANUEL. La puerta de servicio está cerrada y no he podido encontrar á Roman.

HUER. ¿Y tenemos que quedarnos aquí?

MANUEL. Por de pronto no hay más remedio.

HUER. Nada, Manuel, á Roma por todo! Huyamos por la puerta principal y sea lo que Dios quiera! (Al ir á salir se detienen porque oyen voces en la antesala.)

ESCENA VIII.

DICHOS y D. PEDRO CAMPOS.

CAMPOS. (Dentro.) Que esté, que no esté, he dicho que paso!

HUER. Santo Dios! El padre de don Eduardo!... Aquí dejo el pellejo!... Defiéndeme, hijo mio!...

MANUEL. Haré lo posible.

CAMPOS. (Entrando en la escena.) Aquí este hombre todavía!... Qué satisfaccion encontrarle de nuevo!

HUER. Tambien á mí me causa mucha alegría volver á ver á usted.

CAMPOS. Bromitas, eh? Pues ahora no le valdrán á usted enredijos ni calumnias para librarle de mi furor! (Se abalanza á él en actitud de pegarle.)

MANUEL. Caballero! (Interponiéndose.)

CAMPOS. ¿Usted quién es para interponerse entre ese canalla y yo? (Á Manuel.)

HUER. (Me deshace, me deshace!) (Detrás de Manuel.)

MANUEL. Soy un hombre que no quiere permitir un atropello.

CAMPOS. Yo tambien he sido atropellado por ese infame de una manera inícua... y merece que le rompa las muelas!

HUER. Tiene usted razon, lo merezco, lo reconozco; pero no lo haga usted, porque ¿qué ganaría usted con romperme las muelas si no es usted dentista?

CAMPOS. El vengar mi afrenta!

HUER. Dice el cura de mi pueblo, que la mejor venganza es el perdon; ademas, que si usted me oye, yo le daré á usted una explicacion que le dejará satisfecho, sin ne-

cesidad de romperme nada.

CAMPOS. Otro embuste?

HUER.. No señor: la verdad neta.

MANUEL. (Qué ira á decirle?)

CAMPOS. Me precio de justo y no condenaré á usted sin oirle... Hable usted; pero sea breve.

MANUEL. (¿Quiere usted que entre tanto vaya á ver si encuentro la llave?)

HUER. (Espera.) ¿Promete usted respetar mis miembros hasta despues de oirme? (Á Campos.)

CAMPOS. He dicho que sí.

HUER. (Á Manuel.) (Vete y no tardes en volver por si acaso...)

MANUEL. Con el permiso de ustedes. (Mútis segunda puerta derecha.)

ESCENA IX.

D. PEDRO HUERTAS y D. PEDRO CAMPOS.

HUER. Ántes fuí víctima de un error que soy el primero en lamentar...

CAMPOS. Pero ¿tengo yo cara de ladron?

HUER. No señor; pero es que no se figure usted que los ladrones tienen caras especiales...

CAMPOS. Sin embargo...

HUER. Yo estaba asustado...

CAMPOS. Bien; pero el susto no le haría á usted negar que esta era la casa de mi hijo.

HUER. Sí señor; el susto me lo hizo negar...

CAMPOS. Cómo?

HUER. Pues... (Esta es la más negra!) pues... ¿ignora usted que Eduardo está escondido?

CAMPOS. No; mi primo Bonifacio, que ha ido á sacarme de la prevencion, me lo ha contado todo: que persiguen Eduardo, que se ha casado; en fin, todo...

HUER. Pues bien: cuando usted vino ántes, estaba escondido en aquel cuarto uno de la policía secreta.

CAMPOS. Ah! ¿acaso ese jóven que ha salido ahora?

HUER. Precisamente. (Perdona, sobrino.) Ahora comprenderá usted...

CAMPOS. No del todo...

HUER. Pues yo negué que viviera aquí Eduardo por desorientarle.

CAMPOS. ¿Y cómo Julia le apoyó á usted?

HUER. Por la misma razon: ella estaba en el secreto.

CAMPOS. Bueno; pero usted me dijo tambien que era tio de Eduardo. ¿Cómo se explica eso?...

HUER. ¿Cómo se explica? Pues le diré á usted... (¿cómo se explicará?) Se explica... por su esposa.

CAMPOS. Ah! Es usted tio de Julia?

HUER. Justamente.

CAMPOS. Pues no sabe usted lo mejor.

HUER. No señor. (Cuál será lo mejor?)

CAMPOS. Que mi primo me ha dado noticias de la familia de Julia, y resulta que la conocí mucho en mis mocedades. ¿Usted se casaría con alguna hermana de la madre de Julia?

HUER. Sí señor, precisamente. (Este es mi quinto matrimonio.)

CAMPOS. ¿Con cuál de ellas?

HUER. (¿Quiénes serían ellas?)

CAMPOS. Todas eran muy guapas. Recuerdo que yo medio tuve relaciones con Vicentita, que era una perla.

HUER. ¿Con Vicentita, eh? (Á esta me agarro.) Pues ¡vea usted qué casualidad!... con Vicentita me casé yo.

CAMPOS. ¿Cómo?... Si se fué á un convento de Trinitarias...

HUER. (Dios mio!...) Sí, fué á un convento de Trinitarias, efectivamente: pero fué de educanda.

CAMPOS. ¿De educanda á los veinticinco años?

HUER. (Cáspita!) Le diré á usted, le diré á usted: si bien se mira, no fué de educanda; pero bien mirado, sí...

CAMPOS. Cómo?

HUER. Porque fué á ver si aprendía á hacer platos de dulce.

CAMPOS. Ah! Yo creí que había profesado!

HUER. Quiá! No señor: qué había de profesar si estaba más

enamorada de mí!... Verdad que yo entónces era un buen mozo.

CAMPOS. Sí, eh? Vaya, vaya, pues en vista de sus explicaciones y del parentesco que nos une, perdono á usted el mal rato que me ha hecho pasar.

HUER. Oh! gracias, gracias. (Voy salvando en una tabla.)

CAMPOS. Y eso que he cogido una sofocacion que todavía me dura.

HUER. Todavía? Quiere usted una copita de agua?

CAMPOS. Luégo, luégo la beberé: lo que yo quisiera es ver cuanto ántes á Eduardo.

HUER. Pchist! Silencio! Baje usted la voz, si no quiere comprometerse. Eduardo no está en casa. (Ay! no fuera malo!)

CAMPOS. Y Julia?

HUER. Tampoco, tampoco. Julia pasará la noche fuera...

CAMPOS. Pues ¿á dónde ha ido?

HUER. Ha ido... (¿Qué le diré?) ha ido... (Viendo aparecer á Manuel.) Silencio, que está ahí ese!

ESCENA X.

DICHOS y MANUEL.

MANUEL. (Hola! Parece que, por fortuna, reina la armonía!) ¿Se han arreglado ustedes por fin?

CAMPOS. ¿Á usted que le importa?

MANUEL. ¿No ha de importarme?

HUER. (Haciéndole señas.) No señor; á usted no le importa nada.

MANUEL. No comprendo...

HUER. Demasiado!

MANUEL. Le aseguro á usted que no lo comprendo, tio.

CAMPOS. Cómo? qué dice?

HUER. (Llevando aparte á D. Pedro Campos.) Silencio, por Dios!

CAMPOS. ¿Acaso es usted tio de ese galopin?

HUER. Quiá! No señor! (Hablan aparte.)

MANUEL. (¿Qué habrá pasado aquí?)

HUER. Sino que como esta gente es tan soez, me llama tio por ofenderme...

CAMPOS. Cómo?

HUER. ¿No ha oido usted decir, tratando de injuriar á uno:—«Ese hombre es un tio?»

CAMPOS. Sí señor.

HUER. Pues en ese sentido se atreve á llamarme tio ese tunante!

CAMPOS. Y usted ¿cómo lo tolera?

HUER. ¿Qué he de hacer?

CAMPOS. No tolerarlo.

HUER. Sabe usted, que como es de la policía temo que me prenda si le digo algo.

CAMPOS. Que puerilidad!

MANUEL. (Dando una vuelta en redondo á D. Pedro Huertas.) Pero ya me voy yo cansando! ¿Quiere usted explicarme qué significa esa reserva para conmigo?

HUER. (Ap. á Manuel y rápidamente.) (Calla, calla, no me pierdas!)

CAMPOS. (Á D. Pedro Huertas.) ¿Y usted consiente semejante atrevimiento?

HUER. ¿Qué he de hacer? Peor sería que me llevase á la cárcel.

CAMPOS. Quite usted allá! (Encarándose con Manuel.) Le ruego á usted que, si no quiere vérselas conmigo, no se permita tales confianzas con este caballero!

MANUEL. ¿Y usted por qué interviene en este asunto?

HUER. Porque puede. (Este bodoque me va á perder!)

CAMPOS. Y porque entre un hombre honrado y un tunante...

MANUEL. Caballero!... (Quieren irse á las manos.)

HUER. (Á D. Pedro Campos ap.) (Calma, calma!... Prudencia!) (Ap. á Manuel.) (Achícate, achícate!)

ESCENA XI.

DICHOS y FELIPA.

FELIPA. (Con un vaso de agua en la mano.) Aquí está esto!

MANUEL. Qué es eso?

HUER. (Cielos! El veneno sin duda!)

CAMPOS. Qué ha de ser? Un vaso de agua... y llega oportunamente: tengo una sed...

FELIPA. Pues para usted será: á mí me le ha dado Roman diciéndome que se le traiga al caballero que le espera en este gabinete.

HUER. (Justo, el veneno.) Sin duda es para usted.

CAMPOS. Para mí?

HUER. Claro, el chico oyó ántes que tenía usted sed, y se ha apresurado á aplacársela.

CAMPOS. Será eso. Trae. (Á Felipa.)

FELIPA. Tome usted. (Se le da.)

HUER. (Dios mio! va á morir por mi culpa!) (Deteniendo á Don Pedro Campos que va á beber.) No beba usted!! (Felipa y Manuel se habrán puesto á hablar á un lado.)

CAMPOS. Por qué?

HUER. Pues... ¿No dijo usted que estaba sofocado?... pues... por eso.

CAMPOS. No, si ya se me pasó. (El juego anterior.)

HUER. Sin embargo... no beba usted!...

CAMPOS. Hombre, que tengo mucha sed!

HUER. Precisamente...

CAMPOS. Qué?...

HUER. No hay peor cosa que beber agua cuando se tiene mucha sed.

CAMPOS. Pues ¿qué ha de beberse?

HUER. Vino, vino; el vino es inofensivo... y nutre.

CAMPOS. No, yo soy aguado. (Se repite el juego.)

HUER. Un momento. (¿He de consentir que muera este hombre?)

CAMPOS. Qué hay?

HUER. Conténgase usted!

CAMPOS. Vaya, vaya, déjeme usted beber, con cien diablos!

HUER. (Con cien diablos sí que te vas á ir tú! (Apura Campos el vaso) *Consumatum est*!)

CAMPOS. Toma, muchacha... (Á Felipa.)—No oye. Muchacha,

toma. ¡Parece que te mueres!

HUER. (Y tú te mueres sin parecerlo.)

FELIPA. (Al hacer mútis al oido de Manuel.) (¿De veras?)

MANUEL. (De veras.) (Id. ella.)

FELIPA. (Pues le aseguro á usted que es lío.) (Mútis.)

ESCENA XII.

DICHOS ménos FELIPA.

CAMPOS. ¿Sabe usted que siento así como pesadez en la cabeza?

HUER. (Ay! los primeros síntomas!) Sin duda tiene usted sueño. Como son ya las once de la noche.

CAMPOS. No, si yo acostumbro á acostarme muy tarde.

MANUEL. (Se han hecho amigotes de veras.)

HUER. Sin embargo, las molestias del viaje y las emociones de la noche le darán á usted sueño.

CAMPOS. Acaso será eso.

HUER. (Qué pálido se va quedando!)

CAMPOS. Vamos, que se me cierran los ojos. (Bostezando.) Aaaah! Se me cierran...

HUER. (Para no volver á abrirse.) ¿Y no le duele á usted nada?

CAMPOS. No señor.—Aaaah!—¿Por qué me ha de doler?

HUER. Le diré á usted: porque á mí, cuando tengo mucho sueño, me suele doler el estómago ó el vientre.

MANUEL. (Qué barbaridad!)

CAMPOS. Pues yo no siento dolor ninguno.

HUER. (Vamos, es un veneno que mata sin hacer sufrir.)

CAMPOS. Es que no puedo más... voy á sentarme...

HUER. Lo mejor será que se acueste usted un poquito. Allí tiene usted una cama. (Primera puerta derecha.)

CAMPOS. Si no puedo andar.

HUER. Nosotros le llevaremos á usted. (Dios mio, cómo me grita la conciencia!)

MANUEL. Necesita que le refresquemos.

HUER (Lo que necesita es un oficio de difuntos.) Llevémosle, llevémosle!

MANUEL. Vamos. (Le llevan hasta la puerta donde dice Pedro Huertas.)

HUER. Anda, anda, desabróchale y échale sobre la cama. (Mútis Pedro Campos y Manuel.)

ESCENA XIII.

D. PEDRO HUERTAS.

Dios santo! He sido cómplice de un crímen! Pero esta es la mia!... Que Manuel se arregle como pueda! Nada, nada; á ver si consigo llegar á la calle, y en seguida echo á andar para el pueblo! (Mútis foro.)

ESCENA XIV.

JULIA y EDUARDO. Salen juntos y hablando por la primera izquierda.

EDUAR. Eso es imposible!

JULIA. Te repito que pasó tal cual te lo he contado.

EDUAR. Pero ¡si ni siquiera he visto á mi padre!

JULIA. Entónces fué invencion suya; pero ¡qué invencion! te aseguro que me ha hecho pasar un rato...

EDUAR. Pero ¿dónde está? Quiero verle para que te convenzas... y para abrazarle.

JULIA. Acaso se halle en su cuarto... en ese...

EDUAR. Veamos! (Al dirigirse los dos al cuarto se abre la puerta de éste y aparece Manuel.)

ESCENA XV.

DICHOS y MANUEL.

MANUEL. Ah! (Al verlos.)

JULIA. Dios mio! un hombre! (Asustada.)

EDUAR. Cómo! Quién es usted? Qué hace usted aquí?

JULIA. Llama, Eduardo, llama!

MANUEL. No, por Dios: yo les explicaré á ustedes mi presencia en esta casa.

EDUAR. Á ver, usted es ó un ladron ó un polizonte.

JULIA. Indudablemente.

EDUAR. Y en cualquiera de los dos casos... (Va á llamar.)

MANUEL. (Interponiéndose.) No llame usted, caballero, porque no soy ni lo uno ni lo otro.

EDUAR. Pues ¿quién es usted?

MANUEL. Soy el novio de Felipa.

EDUAR. De la doncella?

MANUEL. Sí señor... y suelo venir á verla por las noche cuando ustedes están en el teatro.

JULIA. Qué escándalo!

EDUAR. ¿Y cómo salía usted de esa habitacion?

MANUEL. Salía de llevar á la cama á un hombre que hace un momento sufrió aquí una especie de desmayo.

JULIA. Cómo? (Á Eduardo.) Sin duda es tu padre.

EDUAR. No, pierde cuidado.

JULIA. Pues ¿quién es?

EDUAR. Un polizonte que estaba aquí apostado para sorprenderme, y al cual he dado un narcótico para que no nos moleste en toda la noche.

JULIA. Buena idea!

MANUEL. (Y creíamos que era su padre!)

EDUAR. Bueno: pues llama á Felipa para asegurarnos de que este hombre dice la verdad.

MANUEL. Sí, sí; llámenla ustedes.

JULIA. No hace falta: aquí está ella.

MANUEL. (Respiro!)

ESCENA XVI.

DICHOS y FELIPA.

EDUAR. Oye; ¿es verdad que este es tu novio?

FELIPA. Mio? (Con recelo.)

JULIA. La verdad.

MANUEL. Sí, decláralo, decláralo...
FELIPA. Pues sí, lo es.
MANUEL. Lo ven ustedes?
JULIA. ¿Y hace mucho que le conoces?... porque pudiera engañarte á tí tambien.
FELIPA. Señorita, si es Manuel, el veterinario de la esquina.
MANUEL. Servidor de ustedes. (Voees dentro.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D. PEDRO HUERTAS y ROMAN.

HUER. (Dentro.) Pero ¿no sabes que yo soy aquí el amo?
EDUAR. Qué es eso?
MANUEL. (Cielos!)
JULIA. Tu padre! (Á Eduardo.)
EDUAR. No me ha parecido su voz...
JULIA. Sí, él es!...
EDUAR. Oh, satisfaccion! (Corre á la puerta del foro y sin mirar la cara á D. Pedro Huertas, que entra en aquel momento, le abraza, diciendo:) ¡Padre!!
HUER. (Me aplasté!)
EDUAR. Pero ¿qué es esto? (Viéndole.) El polizonte!
JULIA. Cómo?
FELIPA y MANUEL. ¿Qué dice?
EDUAR. ¿Cómo ha salido usted de aquí?
HUER. Por la puerta...
JULIA. Pero ¿no es tu padre?
EDUAR. Qué ha de ser!
ROMAN. Nos ha engañado!
JULIA. Qué impostura!
HUER. (Dios santo, en tus manos encomiendo mi espíritu!)
EDUAR. Pero ¿dijo que era mi padre?
JULIA. Sí.
HUER. No es verdad.
JULIA. ¿Se atreve usted á negarlo?

HUER. Sí señora: no dije que era su padre... dije que era su tio.

EDUAR. Es lo mismo...

HUER. No señor; cómo ha de ser lo mismo padre que tio?

JULIA. Pero ¿quién es este hombre?

EDUAR. ¿No te lo he dicho? Un indivíduo de la policía secreta. (Admiracion.)

JULIA. Dios mio!

HUER. No, eso no es verdad... Si yo fuera de la policía secreta ya estaría usted en la cárcel por asesino!

EDUAR. Por asesino?

HUER. Sí, sí!

JULIA. Qué dice?

HUER. En aquel cuarto hay un hombre muerto!

FELIPA. Muerto!

HUER. Y usted es su matador!

JULIA. Jesús! cuántas iniquidades!

EDUAR. Pero ¿quién es ese hombre que está allí. (Va corriendo al cuarto y entra.)

JULIA. Y usted ¿quién es? (Á D. Pedro Huertas.)

MANUEL. (Aquí vá á ser ella!)

HUER. Yo soy un infeliz que por librar mi vida, ahora amenazada de nuevo, he ayudado á don Eduardo á cometer un crímen horrible!

EDUAR. (Saliendo del cuarto.) Si es mi padre!

JULIA. Tu padre!

HUER. Ha cometido usted un parricidio! Un parricidió! Qué horror!

EDUAR. (Abalanzándose á D. Pedro Huertas.) No, ahora es cuando voy á cometer un homicidio! (Todos le contienen.)

JULIA. Detente!

MANUEL. Caballero!

FELIPA y ROMAN. Señorito!

HUER. No; déjenle ustedes,.. si á mí lo mismo me da morir á sus manos que á las del verdugo!

EDUAR. Pero ¿qué ha pasado aquí?

MANUEL. Este señor es tio mio... Vino á Madrid á pasar unos

dias conmigo, y, por una coincidencia de nombres, creyó que esta casa era la mia, y usted mi esposa... despues, cuando yo le saqué de su error, quiso salir de aquí; pero no pudo, y para librarse del justo furor de ustedes, se vió precisado á ensartar una porcion de mentiras.

EDUAR. ¿Y cómo dió á mi padre el narcótico?

HUER. Ah! No era un veneno?

EDUAR. Qué había de ser!

HUER. Ay! Parece que me han aflojado un corbatin!

MANUEL. Pues le trajo Felipa...

FELIPA. Eso es...

ROMAN. Sí, se le dí yo, por ir cuanto ántes á dar á la señora el aviso que usted me mandó.

MANUEL. Pues bien: creimos que era agua; su padre de usted tenía sed y la bebió...

HUER. (Arrodillándose.) Perdónenme ustedes!

JULIA. Ay, qué noche nos ha dado usted!

HUER. No la he llevado yo mala!

EDUAR. Vaya, vaya, levántese usted y largo!

HUER. En seguida.

EDUAR. Bueno se va á poner mi padre cuando despierte!

HUER. Figúrese usted... (Y no sabes tú lo de la prision!)
(Lo siguiente al público.)

Mentí; mas por aturdido,
mejor; por equivocado,
que si ántes no hubiera errado
despues no hubiera mentido.
Mas aunque grande el error
con que me he puesto en un brete,
si no aplaudes el juguete,
incurro en otro mayor.

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

De incógnito (1), juguete cómico en dos actos y en prosa.
Los amigos de Benito (2), juguete cómico en un acto y en prosa.
Específico moral, comedia en un acto y en verso.
Vestirse de ajeno, juguete cómico en un acto y en prosa.
Vencer por sorpresa, comedia en un acto y en verso.
Entre dos fuegos, juguete cómico en un acto y en prosa.
Al maestro cuchillada, comedia en un acto y en verso.
Del error á la mentira, juguete cómico en dos actos y en prosa.

---

(1) Con la colaboracion del Sr. Segovia Rocaberti.
(2) Con la colaboracion del Sr. Sanchez Ramon.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
2	1	Amor y amor propio.....	3	D. A. Alcon.....	Mitad.
	2	El cielo ó el suelo—d. o. v...	3	Eugenio Sellés.....	Todo.
4	3	El coronel Estéban.....	3	F. P. Echevarría....	»
4	3	Herencia forzosa—d. o. v....	3	A. Lopez Muñoz....	»
4	3	Honrar padre y madre—c. o. v	3	Juan J. Herranz....	»
2	3	La mejor conquista—c. o. v..	3	Juan J. Herranz.....	»
4	3	La primera cura.....	3	Sres. R. Carrion y Aza...	»
9	1	La Vírgen de la Lorena-d. o. v	3	D. Juan J. Herranz.....	»
3	2	Los infelices—j. o. v.....	3	Sres. Echevarría y Santivañes.....	»
8	4	No contar con la huéspeda...	3	D. A. Alcon.....	Mitad.
1	3	Un grano de arena.....	3	A. García Gutierrez.	»

ZARZUELAS.

	1	¡Aquí, Leon!.....	1	Sres. P. Dom.z y Rubio.	L. y M.
4	»	Arturo di Foncarrale.....	1	D. J. Arimon.....	L.
6	3	Á sangre y fuego.....	1	Sres. P. Dom.z y Rubio.	L. y M.
3	3	Cada cosa á su tiempo.....	1	Sicilia y Rubio.....	L. y M.
2	2	Dos viuditas.....	1	D. I. Hernandez.....	M.
		El que inventó la pólvora....	1	L. Bago y Arnedo...	L. y M.
4	2	Estudiantes y alguaciles... .	1	Mádan y Breton....	L. y M.
10	8	La cancion de la Lola.....	1	Sres. Vega, Valverde y Chueca.....	L. y M.
3	3	La mejor venganza.....	1	Ruesga y Rubio.	½ L. y M.
3	2	La palomita	1	D. I. Hernandez.....	M.
		Las señoritas de Conil.....	1	Tomás Breton	M
8	7	Los dominós verdes....	1	Alba y Hernandez...	L. y M.
2	1	Música clásica.....	1	Sres. Estremera y Chapí.	L. y M.
1	3	Perla.....	1	D. Juan J. Herranz.....	L.
3	2	Programa para yernos.....	1	I. Hernandez.....	M.
2	2	R. R.....	1	Sres. Barranco, Valverde y Chueca.....	L. y M.
4	»	Tres tipos y un topo.....	1	Blanco y Ruiz.....	L. y M.
		Ya no hay Pirineos.....	1	P. Dominguez y Rubio	L. y M.
3	3	¡Ya somos tres!.....	1	P. Dominguez y Rubio	L. y M.
		El juicio de Friné.....	2	Utrilla y Serrano....	L. y M.
		El Traviato.....	2	D. Antonio Almela. ...	L.
		Cibeles y Neptuno.	2	Ángel Rubio..... .	½ M.
		Madrid y sus afueras.....	2	Sres. Herranz y Chapí.	½ L. y M.
		Martes 13.....	2	D. A. Rubio.....	M.
4	»	Tigre de mar.....	2	Sres. Arnao y Zubiaurre	L. y M.
		Verso y prosa.....	2	Sres. Sta. Ana y Marqués.	M. y ½ L.
2	4	Dos huérfanas.....	3	Pina Dominguez y Chapí.....	L. y M.
8	2	El corregidor de Almagro....	3	P. Dominguez y Rubio	L. y M.
		Florinda.....	3	D. Miguel Marqués.....	M.
5	5	Heliodora ó el amor enamorado.	3	Emilio Arrieta.....	M.
3	2	La abadía del Rosario.....	3	Sres. Zapata y Llanos...	L. y M.
		La guerra santa.....	3	Emilio Arrieta.....	M.
		Venganza de amor.....	3	José Casares.....	M.

NOTA. Ha dejado de pertenecer á esta Galería la mitad correspondiente al Sr. Fuentes del drama en un acto *Arte y corazon.*

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá; de *Córdoba y Compañía*, y de *Rosado*, Puerta del Sol; de *Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, y de *D. S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.